

MARTÍN SOLARES

Catorce colmillos



Una semana muy oscura de 1927 un hombre es asesinado en extrañas circunstancias y su cuerpo aparece en un callejón de París. El hallazgo plantea un enigma escalofriante, pues además del extraño color que presenta la piel de la víctima en el cuello se advierte una herida que no puede atribuirse a ningún arma o depredador conocido.

El caso es asignado con discreción a la Brigada Nocturna, una división de la policía francesa especializada en crímenes imposibles de resolver. Entre los detectives desplegados se encuentra el joven Pierre Le Noir, que cuenta con una curiosa red de informantes en el barrio. Gracias a esta, Le Noir conoce a una hermosa mujer que tiene oscuros motivos para interesarse en el cadáver, y a partir de su encuentro con ella comprende que el caso involucra magia e hipnosis, migrantes ilegales y millonarios respetables, pero, sobre todo, que si desea detener al culpable debe infiltrarse entre surrealistas y dadaístas, dos grupos de artistas rijosos y explosivos, siempre en líos con las autoridades, y entre los cuales se hallan André Breton, Tristan Tzara y Man Ray: todos son sospechosos, porque todos tienen algo que ocultar.

Índice de contenido

Cubierta

Catorce colmillos

1. Los testigos que se esfuman
2. La caminante nocturna
3. La pista de ultratumba
4. La otra oficina de Migración
5. Cuando Scotland Yard se equivoca
6. Cómo evitar que un cadáver se convierta en vampiro
7. Un diletante
8. La calle del infierno
9. La cena de los vampiros
10. El misterioso estudio de la calle Campagne-Première
11. Viajeros nocturnos
12. Una voz
13. Los nuevos clientes de La Rotonde
14. Los cuatro puentes

Sobre el autor

Para Mateo, Mariana y Joaquín

Solo los dioses saben de la muerte.

W.

1

Los testigos que se esfuman

Alrededor de las cuatro y media de la madrugada de una noche sin luna, el agente de guardia, Karim Khayam, golpeó la puerta de mi habitación:

—Pierre, el jefe llamó a la Brigada Nocturna. Es muy urgente.

Que me llamaran a investigar me tomó por sorpresa, porque durante las últimas semanas me habían obligado a organizar los archivos de la comandancia durante el turno de día, como si el jefe desconfiara de mí o no quisiera que me encontrara en la calle. Además, los colegas más viejos veían con disgusto que la Brigada invitara a personas de mi edad y procedencia, acostumbrados a policías veteranos, que apenas pasaron por la escuela, y a sobrevivientes de la última guerra, con amplios contactos en el bajo mundo. Por eso salté dentro de mis ropas en un instante y solo hasta que estuvimos en camino traté de sacarle algo a Karim:

—¿A dónde vamos?

—Al bar La Perla, en Le Marais.

—¿Ya regresó el Pelirrojo?

—No, aún no sabemos nada de él.

—¿Y el Fotógrafo?

—Ya debe estar por ahí.

—¿Qué pasó? ¿Los anarquistas otra vez?

Casi sin aliento, Karim gritó:

—El detective Le Blanc hacía su ronda en Le Marais, puf, y vio a un hombre tirado en el callejón, uf, uf, malditas calles en subida, uf. Pensó que estaba borracho, lo agitó, uf, y el cuerpo cayó de lado.

—¿Balazos?

—No, uf, uf... Uf... Tiene una herida en el cuello...

Cuando llegamos al lugar de los hechos la multitud aún rodeaba el cadáver. Karim se dobló de rodillas:

—Ve a, uf, reportarte, mientras yo, uf, recobro el, uf, aliento. Uf.

Estábamos sobre la calle Vieille-du-Temple, hogar de todos los antros del barrio. A juzgar por la multitud, lo habían tirado casi a las puertas del bar La Perla, en el primer callejón.

Uno de los colegas me empujó al pasar:

—Niño idiota.

Muy pocos toleran nuestra presencia ahí. Karim, el Fotógrafo y yo somos los más jóvenes de la brigada. No es fácil ser joven entre los policías de París.

—¡A ver señores, los culpables se quedan, los demás se van a sus casas!

Quien gritó eso era el comisario McGrau, el director de la Brigada de Homicidios. Siempre es el primero en llegar a la escena del crimen. Aun sin salir por completo del sueño, tuve la impresión de que al jefe lo rodeaba esa niebla que se ve sobre el Sena en la madrugada y me dije que debía ir a que me revisaran la vista cuanto antes.

En cuanto el jefe me vio, me indicó a señas que me acercara:

—Llegas tarde, Le Noir.

—Lo siento, patrón. ¿En qué puedo ayudar?

El comisario dio una profunda aspirada a su puro antes de responder:

—Como era de esperarse, nadie vio nada ni nadie conoce al difunto...

Miró a los malandrines que se amontonaban en los bares cercanos. En ese barrio, a esas horas, era muy fácil encontrar personas que habían pasado por la cárcel, o que deberían estar ahí. Delincuentes que se encubren entre ellos.

—¿Los interrogo?

—No, ya tus colegas se encargan.

Y en efecto, reconocí al agente Le Blanc, a Le Bleue, a Le Jeune y a Karim, más repuesto, pero que aún no recuperaba el aliento, y a otros tres detectives de la comandancia que ya zarandeaban a lo más selecto de los parroquianos.

—Tú te encargarás de otra cosa. Observa la herida con atención.

El comisario levantó con la punta de su bastón el mantel a cuadros rojos, proveniente de algún restaurante próximo, que estaban usando para cubrir al cadáver. El muerto era un hombre de unos treinta años de edad, con bigotes rubios muy largos y una sonrisa socarrona, como si poco antes de morir se hubiera burlado de su asesino. Pero eso no fue lo que más me impresionó: el rostro de la víctima estaba tan verde como una aceituna. Y por si eso fuera poco, en el lado izquierdo de su cuello había dos filas de puntos rojos, del ancho de un clavo. Como si alguien o algo hubiese intentado desgarrar el cuello de la víctima, incluso morderlo. Nunca había visto algo igual.

—Catorce orificios, dispuestos en fila —señaló el comisario.

—¿Qué tipo de arma puede provocar eso? —balbuceé.

El comisario lanzó una larga nube de humo al cielo:

—Observa mejor, detective. Hay algo aún más extraño, Le Noir, y es que a pesar de que la herida fue hecha en el cuello, justo sobre la yugular, el cadáver no tiene una sola mancha de sangre en las ropas.

Y tenía razón. Dije lo primero que me vino a la mente:

—¿Lo mataron en otra parte y vinieron a arrojarlo aquí? ¿Cree que lo trajeron en un vehículo?

El comisario examinó su puro, que se había consumido casi por completo, y arrojó los restos al fondo del callejón:

—Sigues razonando como un humano, Le Noir. Piensa en las otras posibilidades: las que distinguen a la Nocturna. Te llamé porque tú tienes muchos conocidos en el barrio: corre a preguntar si han visto algo.

Me retiré con el rabo entre las piernas y puse manos a la obra.

Es una lástima, pero no hay un manual de procedimientos para quienes trabajamos en esta brigada. Todo sería más fácil así, pero hay que dejarse guiar por la intuición. O los escalofríos.

Sentí que algo me molestaba en uno de los bolsillos delanteros de mi pantalón: era el talismán que me regaló mi abuela, que no debía estar allí. Se supone que debe protegerme, o eso fue lo que dijo ella, aunque de un tiempo a la fecha más bien parece estorbarme.

Bueno, pensé mientras me lo colocaba en el bolsillo interior del saco, si vas a ayudarme te necesito ahora mismo. Casi me arrepentí de pensarlo, pues una oleada de calor subió por mi pecho y noté que mi corazón golpeaba con una fuerza inusual.

Conté hasta diez. Luego, como acostumbro en estos casos, examiné rápidamente a los presentes, en su mayoría meseros y parroquianos de los bares vecinos, algunos borrachos perdidos, las presencias habituales de cada bar, o bien colegas de la comandancia, y pude comprobar que todos eran seres vivos, salvo una notable excepción.

Allí, en la banquetta del bar La Perla, en la última mesita disponible, alguien fuera de lo común bebía un café con leche. Cualquiera que se encontrara medianamente sobrio y lo observara con atención podría notar que de vez en cuando las manos de este individuo atravesaban algunos de los objetos a su alcance (el azucarero, la botellita con leche, las cucharas), e incluso la mesa de madera. Pero todos en los alrededores estaban demasiado ebrios o atareados y no miraban hacia él, sino en dirección del cadáver o de los sospechosos. Así que me acerqué a este sujeto con toda la cautela de que fui capaz. Cuando estaba a dos pasos, el parroquiano percibió mi presencia y alzó el rostro hacia mí. Parecía muy ofendido: a ningún fantasma le gusta que lo sorprendan.

Lo primero que me llamó la atención fue su manera de vestir. Era más elegante que los aparecidos que pueden encontrarse en Le Marais a esas horas, en su mayoría presencias que llevan varios siglos deambulando por ahí, sin preocuparse de renovar sus ropas negras y desgastadas, o bien, personajes de gran elegancia, pero vestidos a la moda del siglo XIX. En cambio, este individuo llevaba un traje verde a cuadros, como dictaba la tendencia de la temporada, una bufanda amarilla alrededor del cuello y una capa color verde oscuro sobre los hombros. Usaba el cabello largo pero cortado por un magnífico estilista, tenía una rosa blanca en el saco y había apoyado un bastón con mango dorado contra la silla más próxima. Un verdadero dandi. Al ver que me detenía frente a él, alzó la ceja y se llevó un pañuelo a la nariz:

—Es la primera vez que un ser vivo logra sorprenderme. Supongo que debe haber una explicación.

—¿Me permite sentarme, caballero? Soy policía.

Como me ha enseñado la experiencia, ante este tipo de seres nocturnos hay que actuar como si estuviesen vivos. Nada los irrita más que ver a la gente asustarse con su presencia.

—Adelante —señaló una silla vacía.

Tenía ante sí una libreta de tapas doradas, en la cual escribía con una letra elegante y fácil de leer. En cuanto me vio sentarme la cerró con un giro de la muñeca, pero pude apreciar que había escrito en varias decenas de páginas. La portada decía: «Un viaje a París».

—¿Lo están tratando bien?

—Sus paisanos son encantadores. ¡Fingen entender mi francés!

—Pues parece que ya ha encontrado hechos dignos de comentario —señalé su libreta.

—Oh, son solo unos apuntes —el fantasma parecía halagado—. Briznas de la vida después de la muerte... Me limito a registrar lo que veo, sin ninguna pretensión artística,

que sería inútil. ¿Sabe que no hay ningún editor entre nosotros? Es muy extraño. A veces me pregunto si no estarán en el infierno. O si no me encontraré yo mismo en una versión del infierno muy peculiar.

—Pues no quería interrumpirlo, pero hay un cadáver en aquel callejón. ¿Podría decirme si vio algo digno de interés en las últimas horas? Además, por supuesto, de lo que está escribiendo en su cuaderno.

Por lo visto le simpaticé, porque guardó el cuaderno en su saco y me observó:

—Vaya, vaya, vaya: un policía cultivado. ¿Le gusta leer, agente?

—Trato de leer un libro a la semana. Poesía y novelas.

—¡Poesía y policía! Eso no se ve ni siquiera en el otro mundo... Déjeme ver... Algo digno de interés... En las últimas horas pude ver cómo entraban y salían las bailarinas del show para caballeros solitarios... Vi a un político famoso entrar a ese hotel, acompañado de dos muchachas que podrían ser sus hijas... Unos poetas muy ebrios hicieron un gran alboroto y siguieron la fiesta en dirección de la Bastille... Nada: lo mismo de las últimas noches.

—Pues ese crimen lo cometió alguien. ¿No vio rufianes sospechosos por aquí?

El fantasma, que a esas horas de la madrugada lucía tan pálido como un parisino en invierno, se tocó la punta de la nariz con el pañuelo antes de responder:

—Me parece absurdo dividir a las personas en buenas o malas, señor detective. Para mí son simplemente encantadoras o aburridas, no las juzgo moralmente... Si se refiere a los delincuentes profesionales, estamos en una calle muy animada, y si observa con atención le aseguro que puede encontrar a los mejores carteristas del barrio tomando una copa ahora mismo en la barra del bar —señaló hacia el interior de La Perla con la punta de la nariz—. Pude verlos trabajar toda la noche: ¡son unos artistas del engaño! Debe-

rían ser actores. Apuesto a que cada uno ha reunido al menos cinco carteras.

Su comentario me hizo sonreír.

—Nunca lo había visto en el barrio —le dije—. Es usted extranjero, a juzgar por su acento...

El fantasma lo pensó por un instante y dijo:

—Soy inglés. Llámeme Horacio. Horacio Wiseman.

En los siguientes minutos me enteré de que el señor Wiseman era uno de los numerosos fantasmas ingleses que rondan últimamente por Le Marais. De un tiempo a la fecha todo tipo de seres sobrenaturales ha venido a vivir aquí, provenientes de otros países de Europa. A muchos de ellos los atrae no solo el estupendo clima francés, más benévolo que el de Londres o Rumania, siempre cubiertas de niebla, sino también los restaurantes, bares y cafeterías que sirven a cualquier hora y sin hacer preguntas a visitantes muy pálidos.

—¿Qué puede contarme sobre este asesinato?

—Que todo esto es muy aburrido. No hay nada más fácil que vivir mal y morir bien, como le ocurrió a ese individuo... Ningún crimen es esencialmente vulgar, pero ser vulgar es un crimen... y este sujeto lo era. Por lo visto dejaron su cadáver... o lo que queda de él... Pero yo me levanté a buscar un periódico, y cuando regresé a saborear mi café ya se había formado la multitud, de modo que no vi gran cosa. Si está interesado en encontrar un testigo más calificado, ¿por qué no le pregunta a esa señorita vestida de negro? Cuando yo llegué, ya estaba sentada en aquel bar, mejor ubicada que yo para mirar lo ocurrido, y le aseguro que pertenece a ese grupo de mujeres que solo sale de noche.

Señaló discretamente hacia la acera de enfrente. Al mirar en esa dirección fui deslumbrado. Allí estaba la chica más hermosa que jamás había visto: una melena espesa, que enmarcaba su cutis de mármol, un vestido entallado, una falda plisada, que se agitaba en los bordes aunque no

había la menor brizna de viento. Parecía una princesa del siglo pasado vestida de negro. O una flor negra. O, para ser exacto, una estatua de mármol que se paseara en una flor negra.

Al comprender que la observábamos, la flor negra dejó un billete sobre la mesa y se puso de pie, lista para irse.

—Seres como ella siempre están enterados de estas cosas, cuando no intervienen directamente. En cambio, este tipo de muertos son un tema muy poco estimulante para mí. Para mí el arte es el único tema que hay que considerar con seriedad en este mundo —Horacio Wiseman miró su reloj de bolsillo—. Si usted me permite, señor policía, ya va a amanecer, debo retirarme... Vaya, vaya...

Se puso de pie y desapareció de golpe, como si hubiera atravesado una puerta. Lo último que vi de él es que se cubría con lo que parecía una capa verde hecha de humo.

Los fantasmas son pésimos conversadores. Es casi imposible sacarles una declaración, sin contar la facilidad con que pueden escapar a mitad de una frase. Si uno busca testigos, lo mejor es dirigirse a otro tipo de muertos vivientes, como los ahogados que chapotean alegremente en el Sena y siempre están dispuestos a charlar, sobre todo en verano, o los muertos aburridos y observadores que por algún maleficio no abandonan desde hace siglos las plazas públicas de París.

Daban las cinco de la mañana. Tenía que apresurarme si quería alcanzar a la chica de negro. Pero antes de irme estudié a mis colegas de la comandancia. A juzgar por las discusiones que sostenían con sus renuentes interlocutores, no parecían avanzar en las pesquisas. Como me había mostrado la experiencia, la investigación de un policía parisino promedio no tarda en seguir pistas equivocadas y ahogarse para siempre en el mar de la burocracia. Con algunas excepciones, porque podía ser peor: cuando me ponía de pie, Karim se acercó.

—El jefe quiere que busque pistas en los alrededores, pero esto es muy complicado. ¿Por dónde debería comenzar?

Aunque no destaca por su pericia, Karim es uno de mis amigos más cercanos en la brigada. Con el Fotógrafo y el Pelirrojo hemos hecho un buen equipo.

—Busca alrededor del cadáver. Camina una cuadra en dirección de cada uno de los cuatro rumbos cardinales, y si no encuentras nada, amplía el perímetro. Recuerda mirar hacia arriba: detrás de cada ventana hay un testigo probable. Y si ves algo peligroso, toca el silbato y pide ayuda. No intentes hacer nada tú solo.

—Gracias —dijo Karim.

Aunque tenía ya varios meses en la Brigada Nocturna, se veía más nervioso que yo.

—¿Ya regresó el Pelirrojo?

—Aún no.

—Cuando aparezca, apóyate en él. Es quien tiene más experiencia.

—De acuerdo —dijo Karim.

Me escabullí de la escena del crimen y corrí tras la mujer.

Cuando pensé que la había perdido la divisé a lo lejos: torció a la derecha en la primera calle. Corrí con todas mis fuerzas; no supe cómo lo hizo, pero ella ya estaba doblando en la próxima esquina. Era extraño: por más que me esmeraba no lograba alcanzarla. Como si en lugar de seguirla la estuviera soñando.

La joven se detuvo un instante frente al número 122 de la calle Vieille-du-Temple y entró. Un edificio muy extraño, del cual se escuchan frecuentes historias de terror.

Tan pronto crucé el umbral oí que ella subía por las escaleras. Sus tacones sonaron contra las baldosas y una puerta lejana rechinó al ser empujada y cerrada. Calculé que subió al último piso.